EJERCICIO 1
Mi Shekhinah

Del Evangelio según Lucas (2, 42-52)

> *Después que los ángeles volvieron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado». Fueron rápidamente y encontraron a María, a José, y al recién nacido acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que habían oído decir sobre este niño, y todos los que los escuchaban quedaron admirados de que decían los pastores. Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón. Y los pastores volvieron, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme al anuncio que habían recibido.*

La Palabra nace en nosotros, es fructífera, se produce un milagro parecido al de la Navidad. Es el mismo Jesús quien nos ofrece esta imagen, comparando su Palabra con la levadura que se pone en la masa. Nuestro modelo y el modelo de toda la Iglesia es la Virgen María que acoge la Palabra del Ángel, acoge a Jesús en Navidad y medita en silencio, conservando estas cosas en su corazón.
El primer verbo "meditó" proviene del verbo griego *symballein*, que significa unir dos partes de un todo. María acerca el acontecimiento, el nacimiento prodigioso de su Hijo, al misterio que la envuelve, acerca la historia del hombre a la de Dios. El segundo término "custodiar" se refiere en cambio a la lectura sapiencial del Antiguo Testamento, según la cual no basta con escuchar una palabra, es necesario abrir el corazón, dejarla madurar y ponerla en práctica.
El corazón disponible de María nos dice que escuchar la Palabra no es algo abstracto ni escolástico, sino que es crear un espacio nuevo donde Dios pueda hablar y operar al mismo tiempo.

De una carta de Padre Pío a Raffaelina Cerase
Pietrelcina, Sabado Santo [11 abril] 1914, *Epist. II*, pp. 69-70

> *Tú te afliges por no saber rezar, te amargas por no poseer el don de la santa meditación y de la presencia de Dios; y yo en cambio te declaro que el piadoso Señor, en contra de tus desmerecimientos, te ha adornado con el don de su santo amor, a pesar de todos vuestros desméritos, te ha adornado con el don de su santo amor, de su caridad. Da gloria por esto al dulcísimo Padre celestial.*
> *¿Qué son acaso estos continuos gemidos de tu espíritu, estos santos deseos tan delicados que muy a menudo parece que te desaniman, quiero decir sobre esos deseos que quieren hacerte toda de Jesús, queriendo en todo agradarle; qué es ese continuo deseo de ver expandidos el reino de Dios, ese desear incesantemente ser desatada de los lazos de este cuerpo, para volar hacia el seno del Padre celestial para transformarte toda en él?*
> *Dime, ¿no son acaso todos estos movimientos, efectos de la caridad que Jesús ha derramado en tu corazón y que forma la felicidad de los bienaventurados que ya lo comprenden todo? ¿Quizás esté en poder de nosotros miserables mortales el formar semejantes deseos? Ciertamente no. El espíritu humano sin la llama del amor divino es llevado a alcanzar la meta de las bestias, mientras que por el contrario la caridad, el amor de Dios lo eleva tan alto que alcanza hasta el trono de Dios (pp. 69-70).*

Iniciamos este camino de escucha de la Palabra de Dios, compartiendo con Raffaelina Cerase (la primera hija espiritual del Padre Pío) sus temores por no poder meditar y estar en la presencia de Dios. De hecho, para nosotros la cosa es aún más evidente en esta sociedad formada por una

sucesión de noticias, emociones y acontecimientos que se dan tan rápidamente que no tenemos tiempo de pensar, de captar la belleza del silencio, de recogernos para una reflexión personal. Sin embargo, son alentadoras las palabras que el Padre Pío escribe a su hija espiritual: es Dios quien "la ha adornado con su santo amor, con su caridad"; su meditación consistirá ante todo en reflexionar sobre la gracia sobrenatural que actúa en ella.
El Padre Pío describe a través de qué instrumentos opera la gracia: el santo deseo de agradar al Señor, la ansiedad por el advenimiento del reino de Dios, el deseo sincero de poseerlo en el cielo. El lenguaje se vuelve íntimo, pero al mismo tiempo lleno de entusiasmo: hablamos de la llama del amor divino y de la conciencia de que a través de estos sentimientos somos elevados al trono de Dios.
Al parecer se percibe que el Padre Pío quiere introducirnos en un mundo etéreo, en cierto modo alejado de nuestra forma de vivir la fe hoy. Pero, ¿realmente está fuera de tiempo, o es el cristiano de hoy el que parece haber quedado en la "fila de las bestias" de la que él habla? Intentemos hacernos algunas preguntas juntos.

Definir el lugar de encuentro

El horizonte de felicidad del Padre Pío se ha ido formando a lo largo de los años, desde que siendo aún un niño, se le apareció el Sagrado Corazón que lo llamó; luego en sus elecciones radicales antes del noviciado, que describe en la visión de la lucha con el gigante, y nuevamente en el exilio silencioso de los años de Pietrelcina, debido a su inexplicable enfermedad.
Muy lentamente, pero con mucha constancia, mientras el pequeño Francesco se convertía en fray Pío de Pietrelcina y luego en Padre Pío, la fe, la oración y sus opciones, en lugar de limitar sus aspiraciones de adolescente y joven abierto a la vida (como podría parecer), expandieron su corazón. Ese cuerpo, que luego quedará marcado por los estigmas, se convierte en el teatro en el que Dios se representa a sí mismo; con la oración aprendió a comprender lo que significaba ser marcado por Dios con el bautismo; a través de la meditación vio la imagen de Dios representada dentro de sí mismo.
Esto da lugar a la primera pregunta que debemos plantearnos si queremos aprender a meditar: ¿qué tan dispuestos estamos a mirar la presencia de Dios dentro de nosotros? Existe una diferencia entre las acciones o dones de Dios, que podemos reconocer fácilmente, y su representación; decir que somos imagen de Cristo significa definir nuestro cuerpo, nuestras emociones, las reacciones que tenemos ante los acontecimientos de la vida, en un lugar donde no estamos solos, él está allí; Podríamos enfatizar este punto hasta decir que somos huéspedes de Jesús en nuestro cuerpo.

El papel de la palabra

Aprender a meditar, por tanto, significa ante todo crear un ambiente familiar dentro de nosotros mismos; no podemos pensar en vivir una meditación abstracta, fijándonos en un tema lejano a nosotros; necesitamos dejar a Dios entrar en nuestra historia, verlo y escucharlo. Al respecto, el Padre Pío recomendó: «Los participantes en los grupos de oración, y en cualquier función religiosa, deben estar dispuestos a acoger la palabra y las inspiraciones de Dios, como fue el caso de San Francisco en San Damián».
Sólo si estamos dispuestos a escuchar la Palabra de Dios en nuestro ambiente, sintiéndola entre nosotros, en nuestro hogar, podremos disfrutar del placer de hablar con Él. El bien que nos sugiere la Palabra no es algo abstracto o puramente “legal” (haz esto de lo contrario te sucederá algo negativo), sino que es el resultado de nuestro asombro al sentir al Señor que está a nuestro lado y nos visita. El Papa Francisco, en la encíclica *Evangelii Gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo de hoy, nos invita a mirar el modo de meditar de la Virgen María: «La memoria de los fieles, como la de María, debe permanecer rebosante de las maravillas de Dios. Su corazón, abierto a la esperanza de una práctica gozosa y posible del amor que le ha sido anunciado, siente que cada palabra de la Escritura es ante todo un don, antes que una exigencia".

El rosario: dejarse llevar por el mundo de Dios

El rosario celebrado juntos es uno de los espacios que nos ayudan a ir más allá de la escucha y la meditación de la Palabra para vivir con María, junto a nuestros hermanos y hermanas, la presencia de Dios en nuestras vidas. En la Edad Media la imagen del *hortus conclusus* se utilizaba frecuentemente para celebrar la oración de María con la comunidad cristiana. El *hortus conclus* probablemente nació en el campo monástico, como un lugar vallado dentro del monasterio, donde se cultivaban campos y flores.
Varias pinturas medievales (pensemos en la obra de un pintor llamado Maestro de 1456) representan a María con ángeles y santos en un lugar agradable, lleno de flores y hierbas, rodeado de muros.
El Padre Pío recomendó que el Rosario no fuera sólo la fría repetición de las Avemarías, sino que fuera acompañado de la meditación de los misterios de la Redención.

Venga tu reino

Ser misioneros del reino de Dios significa esperarlo juntos; la escucha y la meditación comunitaria de la Palabra de Dios son ya una realización del advenimiento del Reino de Dios.
Según el padre Marcellino Iasenzaniro, el Padre Pío dejó claro que su dirección espiritual nunca fue un fin en sí misma. «Mi intención es formar unas pocas almas que a su vez sean como semilla de otras almas, madres de todas las almas».
Escuchar juntos una Palabra no significa sólo extraer enseñanzas o preceptos, sino contemplar cómo el Señor Jesús toma forma en la vida de los demás; la fuerza invencible del amor de Dios que triunfa sobre la pobreza del hombre es la gran posibilidad que está escrita en cada uno de nosotros para transmitir esta gracia con fe y testimonio. Para el Padre Pío, los Grupos de Oración están llamados precisamente a contemplar juntos esta obra de Dios para luego poder amar la historia de los demás con la misma fuerza y donación con la que Jesús la amó.

7 DE OCTUBRE - FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO - ***La entrega del rosario***
En todos los Grupos del mundo el año social comienza el 7 de octubre con la entrega del rosario. El Centro Grupos ofrece una pequeña liturgia basada en el tema del año, la celebración puede realizarse a nivel de un solo grupo o por diócesis.
Practiquemos el rezo reflexivo del santo rosario acompañado por momentos de silencio. A veces pensamos que los textos evangélicos y los escritos de autores devotos son cada vez necesarios, pero luego no damos tiempo al silencio. En la tradición cristiana la enunciación del misterio es ya en sí misma una síntesis del pasaje evangélico. Tras la enunciación del misterio y leer el Evangelio podemos hacer una pausa de silencio que deje tempo para pensar y escuchar al Señor.

Oración a San Pío

Humilde y amado Padre Pío,
enséñanos también a nosotros, te lo pedimos,
la humildad de corazón, para ser considerados
entre los pequeños del Evangelio,
a los que el Padre prometió revelar
los misterios de su Reino.

Ayúdanos a orar sin cansarnos jamás,
con la certeza de que Dios conoce
de lo que necesitamos,
antes de que se lo pidamos.

Alcánzanos una mirada de fe

capaz de reconocer prontamente
en los pobres y en los que sufren
el rostro mismo de Jesús.

Sostennos en la hora
de la lucha y de la prueba y,
si caemos, haz que experimentemos
la alegría del sacramento del Perdón.

Transmítenos tu tierna devoción a María,
Madre de Jesús y Madre nuestra.

Acompáñanos en la peregrinación terrena
hacia la patria feliz,
a donde esperamos llegar también nosotros
para contemplar eternamente la gloria
del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.
Juan Pablo II